LOS CHEPIQUES



minusculari



Romina Carrara

LOS CHEPIQUES ES UN RELATO IMAGINARIO ANCLADO EN SUCESOS HISTÓRICOS QUE NARRA LAS RELACIONES ENTRE EL PUEBLO DE LOS CHEPIQUES (CRIATURAS ACÉFALAS CON EL ROSTRO EN EL PECHO), Y LOS HABITANTES DEL RÍO DE LA PLATA Y ALREDEDORES, DESDE FINALES DEL SIGLO XV HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XX. SE TRATA DE UN LIBRO DE 116 PÁGINAS, DE 16 X 16 CM, EDICIÓN RÚSTICA, ESCRITO Y DIBUJADO POR ROMINA CARRARA.

A CONTINUACIÓN, UN FRAGMENTO DEL CAPÍTULO 7, QUE INCLUYE LA NARRACIÓN DE DOS FÁBULAS BREVES.

Capítulo 7

FÁBULAS

Ortiz se metió las manos en los bolsillos. Sacó la derecha bruscamente, mostrando una diminuta pelusa en la punta de los dedos. Habló de una habitación llena de bolsas de arpillera que contenían un desconcertante conjunto de plumas, bichos muertos, cascotes de barro, géneros viejos y cuero podrido. Los ojos del académico, ejercitados en la pesquisa y la minucia, hallaron claros indicios de las fábulas chepiques. Ortiz oyó los análisis que Mirgutis hacía de cada objeto y de las pistas que lo llevaban a la reconstrucción de las fábulas chepiques. De tres de estas últimas me habló, comenzando por la fábula de la mulita cúbica.

La fábula de la mulita cúbica

Ocurrió cierta vez entre las mulitas de la región del litoral un nacimiento excepcional: un ejemplar cuyo caparazón tenía características únicas, nunca vistas. En general esa parte del cuerpo es bastante dura y tiende a una forma curva. Estas cualidades son aprovechadas para curvarse aún más en caso de un ataque externo, semejándose a un escudo redondeado. La mulita peculiar tenía una inusual flexibilidad tanto en sus partes blandas como en sus partes duras. En la época en que vino al mundo, existía desde hacía varios años en la población una preocupación estética: la inclinación a componer la esfera perfecta. Este mandato era de suma importancia en las relaciones sociales de los peludos. Adoraban el círculo con fervor.

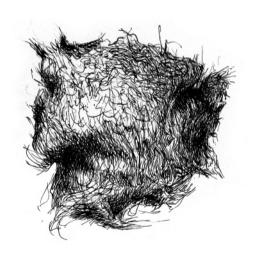
Construían grandes pendientes para corroborar la perfección de sus redondeces, admiraban a los más lisos y despreciaban a los ovalados. Crearon incluso un sistema de competencias en el que los jugadores rebotaban entre sí violentamente empujados por individuos especialmente entrenados para el caso. Los torneos terminaban con muchos ejemplares muertos o heridos, pero los vencedores obtenían reconocimiento y autoridad.



El nacimiento de un tatú con caparazón maleable, cosa inaudita, alteró los ánimos y dividió las opiniones. Este ejemplar podía lograr la mayor perfección esférica, a tal punto que ni su hocico ni su cola sobresalían. Saltaba a la vista su excelencia, que desperdiciaba en paseos nocturnos o juegos solitarios. Nunca aceptó presentarse a las competencias. Esto molestaba a la mayoría, que lo despreciaba aún más que a los oblongos.

Pero los caprichos del tatú virtuoso se multiplicaron: comenzó a ensayar las formas más variadas. Demostró aptitudes para el dodecaedro, se jactó de la prolijidad de un cono, ostentó una pirámide que invertía para el escándalo de las señoritas y finalmente exasperó los ánimos con el cubo. Esta era la forma que mayor agravio provocaba al gusto de la mayoría. La obstinación por perseverar en esta figura le valió el mote de "mulita cúbica". Su porfía comenzaba a contagiar a las nuevas generaciones: se daban casos alarmantes de medias esferas y algún que otro prisma redondeado. La situación colmó la paciencia de los poderoquienes invocando su título de campeones indiscutidos de los torneos, expulsaron a la mulita cúbica de la comunidad. Unos pocos ejemplares jóvenes quisieron seguirla, pero fueron reprimidos a golpe de bola.

La última vez que se la vio en actividad con su forma cúbica en el esplendor de su madurez fue en un apartado vallecito de sombras, rodeada de un selecto grupo de pequeñísimos cubos que eran, apuntaba Mirgutis, evolucionados bichos bolita.



El Hornero ambicioso

Entre los horneros, pájaros reconocidos por sus habilidades constructivas, se destacó hace muchos años uno de ingenio sorprendente. Cobró notoriedad al construir un edificio de barro con múltiples hoyos, que entregó a otros pájaros a cambio de una abundante provisión de semillas. Era un elocuente vendedor. Sus torres adquirieron fama creciente. Era tan célebre que fue convocado por otras especies de aves para la construcción de sus viviendas. Incluso varias comunidades de avispas le comisionaron sus colmenas. Ninguna de sus construcciones era hermosa, pero todas resultaban prácticas y economizaban espacio. Su especialidad era el barro, si bien incursionó en la paja, la madera, la hojarasca y las heces.

Pero el hornero se volvió ambicioso. Para abaratar costos y cumplir con varios encargos al mismo tiempo, comenzó a delegar tareas a grupos de pájaros no especializados. Los problemas no tardaron en presentarse: las rajaduras y las filtraciones se multiplicaron. Su ruina llegó con el desmoronamiento de un gigantesco condominio y la escandalosa muerte de muchas de las aves que allí vivían. Desde entonces busca postes solitarios para hacer su aislada y humilde habitación de barro.





Sobre la autora

Romina Carrara es Licenciada en Bellas Artes con especialización en Pintura por la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Se dedica a las series de pinturas, animaciones, dibujos y textos que actualiza regularmente en su web y además desarrolla actividades de docencia, realización escenográfica, animación e ilustración. Dirige, junto al dibujante Lisandro Demarchi, la editorial de libros ilustrados Minusculario Ediciones. Ha publicado "Los chepiques", ficción con textos y dibujos propios; «Mínimo Común Cómico», compendio de dibujos humorísticos y breves historietas mudas; y "Judith o las formas de la seducción", que ilustra algunas estrategias del arte de la fascinación.

rominacarrara.com.ar minusculario.com